

revista de INDIAS

Volumen LXVI Nº 236 **enero-abril 2006** Madrid (España) ISSN: 0034-8341



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
Y CIENCIA



CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

EL VIRREY ABASCAL Y EL ESPACIO DE PODER
EN EL PERÚ (1806-1816).
UN BALANCE HISTORIOGRÁFICO

POR

VÍCTOR PERALTA RUIZ

CSIC, Madrid

El virrey José Fernando de Abascal es una figura polémica dentro de la historia peruana. Los estudios que a lo largo del siglo XIX y XX se centraron en evaluar su obra de gobierno y el espacio del poder que este personaje fomentó estuvieron condicionados por una serie de circunstancias coyunturales sobre los que se reflexiona en este balance historiográfico. Este texto se conduce por el nacionalismo peruano del siglo XIX y de mediados del siglo XX, por la teoría social de la emancipación surgida en pleno régimen franquista, por el planteamiento socio-económico aparecido con ocasión de la celebración del sesquicentenario de la independencia peruana y por las más recientes interpretaciones desde la perspectiva de la cultura política.

PALABRAS CLAVES: *José Fernando de Abascal, Virreinato del Perú, independencia, historiografía peruana, historiografía española, siglo XIX, siglo XX.*

Pocos personajes del Virreinato peruano han sido motivo de una polémica tan prolongada como José Fernando de Abascal y Sousa (Oviedo 1743- Madrid 1821). Por un lado, sus apologistas han exaltado de él su destreza como estrategia militar, su defensa de la unidad hispánica y su capacidad para fomentar la concordia social; por otro lado, sus detractores le califican de déspota, vanidoso y responsable de la quiebra económica del Virreinato. Estos calificativos remiten a otra polémica suscitada por la personalidad y obra del virrey Francisco de Toledo, en quien unos vieron al supremo organizador de la administración española y otros al gran tirano de los indios del antiguo Perú¹. Las visiones interpretativas

¹ Roberto LEVILLIER, *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú; su vida y su obra, 1515-1582*, 3 tomos, Buenos Aires, 1935-1942, Luis E. VALCÁRCEL, *El virrey Toledo, gran tirano del Perú*, Lima, Imprenta del Museo Nacional, 1940.

contrapuestas sobre el régimen de Abascal surgen de unos análisis que trascienden el simple territorio de la historiografía para situarse en el ámbito de la ideología. Este fenómeno se debe a que su gobierno está asociado con el inicio del proceso independentista en Hispanoamérica, coyuntura política ésta sacralizada por los historiadores como el momento propicio en el asentamiento definitivo de la nacionalidad. Pero el régimen de Abascal requiere ser reevaluado a la luz de los nuevos conocimientos adquiridos sobre la crisis política vivida por España y América a partir de 1808. De ahí que la reconstrucción del discurso historiográfico sobre la figura de este personaje realizada en los siglos XIX y XX sea necesaria, primero, para contextualizar los motivos de esos juicios de valor y, segundo, para comprender la complejidad del espacio de poder fomentado por este gobernante en un período de crisis.

1. LA HISTORIA OFICIAL PERUANA DEL SIGLO XIX Y XX

Los elogios y ajustes de cuentas en relación con Abascal comenzaron en la segunda mitad del siglo XIX de la mano de renombrados historiadores americanos como Benjamín Vicuña Mackenna, Sebastián Lorente, Manuel de Mendiburu y José Antonio de Lavalle. Cuando el historiador chileno Vicuña Mackenna publicó en 1860 a modo de folletín en el diario *El Comercio* de Lima la *Revolución de la Independencia en el Perú desde 1809 a 1819*, que el mismo año transformó en libro², casi nada se había escrito acerca de esta coyuntura de la historia peruana. Apenas se contaba con la obra póstuma del general José de la Riva Agüero publicada en París en 1858 con el título de *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú*, algunas vindicaciones publicadas en los diarios limeños por protagonistas de la época y, por último, las memorias redactadas por Guillermo Miller o Thomas Cochrane. ¿Por qué un historiador chileno se impuso colaborar en la construcción del discurso nacionalista peruano acerca de la independencia? Vicuña Mackenna quiso expresar mediante esa contribución su agradecimiento al Perú por darle amparo como exiliado político. Su relato se impuso complementar las memorias del conde de Dundonald sobre las campañas militares en el Perú y Chile y, de paso, matizar las afirmaciones contra los peruanos vertidas por Cochrane en sus memorias.

La novedad del texto de Vicuña Mackenna fue fabricar un discurso sobre la participación peruana en favor de la independencia ya en plena época del gobierno de Abascal, contradiciendo la sensación general de que ella se logró gracias a las expediciones libertadoras de San Martín y Bolívar. A su entender la independencia hispanoamericana surgió y se propaló en 1810 como un hecho consuma-

² Benjamín VICUÑA MACKENNA, *La independencia en el Perú*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1971.

do, producto de una ley de crecimiento nacional, de un instinto de patria y de la plasmación de la idea política de libertad lograda bajo formas de gobierno más avanzadas como las de Estados Unidos y Francia. La América criolla necesitaba emanciparse porque su deseo era ser patria, nación y república. Vicuña Mackenna intentó convencer a los peruanos de que ellos no eran una excepción al ideario emancipador que inundó la América desde 1810 a 1820 y que también habían dado profetas a la revolución. Lo que este historiador se propuso demostrar es que «el Perú no es huérfano de la santa maternidad del año X. Es su hijo legítimo como el resto de sus hermanos de América. Había sólo acontecido que el parto que diera a luz su revolución fuera clandestino»³. A lo largo de un centenar de páginas, Vicuña Mackenna asocia la construcción del nacionalismo peruano con la gesta libertaria en Lima. A lo largo de su libro desfilan los nombres de conspiradores criollos como Anchoris, Mateo Silva, Hipólito Unanue, Toribio Rodríguez de Mendoza, Manuel Pérez de Tudela, quienes luego serían elevados por la historiografía oficial peruana al pedestal de próceres y precursores de la independencia. La figura de Abascal en esta construcción del mito peruano de la independencia es la del hábil gobernante que logró contener el triunfo prematuro de la independencia en el Perú:

Éste [(desenlace)], acaso hubiera llegado junto con el de los otros virreinos y capitánías generales, si un hombre como don Fernando de Abascal no hubiera llegado a América (1806) para hacer como el albacea de los reyes de España en un patrimonio en que todos ponían pleito, alegando usurpación. Aquel espíritu sagacísimo y oportuno, conciliador y enérgico, prestigioso por su talento, su elevación de alma y aun la gracia de su figura, era quizás la única valla que sostenía en el Perú el raudal que lo inundaba por todas sus fronteras y brotaba aun a sus propios pies en el recinto de la plaza pública⁴.

El discurso destacaba así de Abascal su talante negociador tanto o más que su carácter autoritario. Por ello, era evidente para Vicuña Mackenna que la independencia americana quedó garantizada cuando Abascal dejó el poder y el mismo cayó en manos del virrey Joaquín de la Pezuela, quien al contrario de su antecesor fue un virrey «tímido y obstinado». La destreza política de Abascal para contener el enfrentamiento crónico entre peninsulares europeos y criollos en Lima es resumida por el historiador chileno con el caso de la creación del regimiento militar de la Concordia en 1811, en el que se concedió a ambos estamentos igual número de cargos oficiales reservándose el propio Abascal el máximo cargo de coronel. Vicuña Mackenna no sabe si admirar más la previsión de este virrey en militarizar tempranamente Lima, su acierto en nombrar los jefes de las expediciones militares que acabaron con los planes separatistas en el Alto Perú, Chile y

³ *Ibidem*, p. 13.

⁴ *Ibidem*, p. 67.

Quito o su oportunismo político para asumir desde 1809 poderes casi similares al de un monarca. En cualquier caso, es indiscutible en su balance sobre la gestión de este virrey que fue él con su astucia militar, su intriga política y su capacidad negociadora el que contuvo el triunfo del movimiento criollo por la independencia: «Él [(Abascal)] detuvo la revolución, la templó, la hizo lenta, sigilosa, escondida, en fin, porque su política fue un prodigio de prudencia, y si con ella no evitó el infalible desenlace, era porque éste venía encadenado a causas que tenían su origen en lo alto»⁵.

Por la forma jocosa e irónica de combinar la literatura y la historia y por el inusual éxito editorial en el Perú y el extranjero, fue Ricardo Palma en sus *Tradiciones Peruanas* y no el libro de Benjamín Vicuña Mackenna el que popularizó la figura de Abascal durante la segunda mitad del siglo XIX. Dos fueron los relatos en que éste prestó especial atención al militar asturiano, «El virrey de la adivinanza» y «Una astucia de Abascal»⁶. «El virrey de la adivinanza» se publicó por primera vez en *La Revista de Lima* de 1860, y un año después se reeditó en la *Revista del Pacífico* de Santiago de Chile, formando parte desde 1872 de la primera serie de las *Tradiciones Peruanas*. Palma recordaba al lector que Lima debía a Abascal su cementerio general y la mejor escuela de medicina en América. A continuación el relato daba un especial relieve a la figura militar del virrey y a su suerte en conocer fortuitamente al rey Carlos IV quien le iba a confiar el mando del regimiento de las órdenes militares en la campaña del Rosellón. Proseguía Palma su narración con un resumen de su periplo como autoridad política y militar en México y Perú, condensando en una frase su opinión sobre este personaje: «Abascal fue, hagámosle justicia, esclarecido militar, hábil político y acertado administrador»⁷. Abruptamente, el relato en el segundo subtítulo «gajes del oficio» salta a 1815 y Palma resume que tal es la fecha en que el virrey comenzó a perder su popularidad entre los limeños, por lo que tácitamente estaría aceptando la versión de la comunión política inquebrantable entre el virrey y la aristocracia de la capital peruana, versión cuestionada en ese momento por Vicuña Mackenna en las páginas de *El Comercio*. Pero en el último año del gobierno del virrey estalló el enfrentamiento con el Cabildo, la alta jerarquía eclesiástica y el pueblo, por el definitivo apego de estos hacia la causa de la independencia. La presencia de Abascal era el único escollo, «mientras él permaneciese al frente del poder juzgaban los patriotas de Lima que era casi imposible salir adelante»⁸. Militarmente era imposible derrotarle, pero en cambio debido a su «honradez política» se le podía convencer de que defendía una causa perdida, siendo tal el origen de la adivinanza de los tres «saquitos» de sal, habas y cal que un religioso agustino se

⁵ *Ibidem*, p. 68.

⁶ Ricardo PALMA, *Tradiciones Peruanas*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1993.

⁷ *Ibidem*, p. 116.

⁸ *Ibidem*, p. 119

atrevió a dejar sobre su mesa de trabajo y que éste rápidamente comprendió en su significación política, siendo esa la causa de su renuncia. Poco de lo que Palma afirmó en este primer relato pueden considerarse como evidencias históricas certeras, pero el montaje ideológico de su narrativa tuvo éxito y sirvió para reforzar el mito de que Lima al menos en los últimos años de Abascal ya era partidaria de la independencia, complementando lo dicho por Vicuña Mackenna.

En la segunda tradición, «Una astucia de Abascal»⁹, Palma se remonta al primer año de gobierno de este personaje y resalta su habilidad para hacer justicia en una Lima en donde la corruptela, la picaresca y el timo marcaban la diferencia entre el fuerte y el débil. Tal atributo, que según Palma le confirió el respeto tanto de sus amigos como de sus enemigos políticos, enlaza con otro de los mitos creados en torno a la figura de este personaje que fue la posibilidad de que él mismo fuera quien condujera al Perú a la independencia.

José Antonio de Lavalle, el primer historiador peruano que hizo una biografía sobre el virrey Abascal se iba a encargar de inventar y abundar en este supuesto liderazgo fallido¹⁰. La ocasión propicia se presentó con el estallido de la crisis española de 1808. La invasión francesa de la Península y el cautiverio de Fernando VII habían dejado a las posesiones americanas sin un centro político a quien obedecer, al mismo tiempo que los planes de separación política estaban todavía inmaduros. Otra vez la capital peruana era convertida en el centro fundamental de una idea separatista, al expresar Lavalle en su relato que «dicen que en Lima, se le instó a Abascal para que se colocase sobre sus sienes la corona de los Incas»¹¹. El relato dramatiza esta situación al presentar al virrey en una encrucijada personal que debía resolver el día señalado para jurar fidelidad a Fernando VII. Lavalle confeccionó para tal momento un escenario en el que lo único que le interesaba era poner de manifiesto que «el anhelo general en Lima era la independencia bajo el reinado de Abascal». Imaginó ese día a la nobleza, clero, ejército y pueblo, expectantes y esperanzados en que el virrey respondiera afirmativamente a sus demandas.

El acto culminante en el que Abascal optó por el fidelismo a España, venciendo la resistencia de convertirse en rey del Perú, es relatado del modo siguiente por Lavalle:

Abascal, en su gabinete era vivamente instado por sus amigos. Hombre al fin, sus ojos se deslumbraron con el esplendor del trono, y dicen que vaciló un momento. Pero volviendo luego en sí, tomó su sombrero y salió con reposado continente al balcón de palacio, y todos le escucharon atónitos hacer la solemne proclamación de Fernando VII y prestar juramento al nuevo rey.

⁹ *Ibidem*, pp. 231-233.

¹⁰ José Antonio de LAVALLE, «Abascal. El Marqués de la Concordia», *El Ateneo de Lima*, Lima, 1888.

¹¹ *Ibidem*, p. 130.

Este fragmento literario fabricado por Lavalle fue incorporado por Ricardo Palma en 1883 a su tradición «El virrey de la adivinanza», quedando de esta forma asentada para la posteridad la imagen de un virrey al que se iba a recordar por lo que políticamente pudo ser¹². De paso, José Antonio de Lavalle también contribuyó a reforzar el mito de que Lima pudo secundar la independencia desde 1810 al amparo de la rivalidad que existía entre peninsulares y criollos pero que Abascal, al darse cuenta de tal posibilidad, la evitó creando en 1811 el regimiento de infantería «Voluntarios distinguidos de la Concordia española del Perú» cuyos honoríficos puestos atrajeron hasta a la aristocracia criolla más descontenta. Lavalle reconoce que gracias a este gesto de adulación hacia la nobleza criolla «pudo Abascal lisonjearse fundadamente, con la esperanza de que la revolución, a lo menos en el Perú, quedaba indefinidamente aplazada»¹³. En suma, se otorga al virrey un lugar central en el retraso del proceso separatista por su habilidad para captar la mentalidad de la aristocracia limeña. Esta capacidad psicológica de Abascal ya había quedado demostrada tempranamente con la creación del cementerio general de Lima que, en palabras de Lavalle, fue un proyecto que desde un principio escandalizó a la capital por pretender «sepultar a cristianos, fuera de los templos y en un campo desierto, como si fueran indios gentiles en sus huacas»¹⁴. Sin embargo, esta obra arquitectónica, al ser inaugurada el 31 de mayo de 1808 por el presbítero Matías Maestro, proyectó un aire de monumentalidad y de lujo que los limeños rápidamente aceptaron como un lugar adecuado para sus sepulturas. El paternalismo adulador del virrey para con los criollos, incluso conduce a Lavalle a explicarse el fracaso de la revuelta criolla, para lo cual cita a modo de ejemplo el caso de la conjura de la Congregación del Oratorio, de la que Abascal estuvo desde un principio informado y que fue disuelta usando el recurso de comunicárselo así a los implicados y «desearles buenas noches» en vez de apresarles¹⁵.

Sebastián Lorente, un liberal de origen español que se estableció en el Perú en la década de 1840 y dedicó su vida a la enseñanza en colegios de prestigio como el de Nuestra Señora de Guadalupe, publicó en 1871 una historia del Perú en el que Abascal mantuvo su papel de autoridad comprensiva y conciliadora tal como lo bosquejara Vicuña Mackenna. Respecto a su gobierno hasta antes de la crisis de 1808, Lorente resume que éste se había ganado «la estimación pública con su conducta respetable y benévola»¹⁶. Cuando se trata de la formación de las

¹² *Ibidem*, p. 131; La referida versión de Lavalle fue también aceptada y usada por el historiador Jorge Basadre al considerarla una «romántica tradición que acaso exagera la verdad pero que se inspira en fundamentos verdaderos», ver Jorge BASADRE, *La Iniciación de la República*, Lima, Casa Editorial Rosay, 1929, t. 1, pp. 7-8.

¹³ LVALLE [10], p. 134.

¹⁴ *Ibidem*, p. 128.

¹⁵ *Ibidem*, p. 169.

¹⁶ Sebastián LORENTE, *Historia del Perú bajo los Borbones*, Lima, Librerías Gil y Aubert, 1871, p. 302.

juntas autonomistas del Alto Perú y Quito en 1809 el juicio del historiador español se concentra en una anécdota que simboliza el momento en que Abascal convocó a la Junta de Guerra para analizar dichos sucesos y la medida que se debía tomar. Según este relato, todos apoyaron el uso de la fuerza con la excepción del oidor regente Arredondo que alentaba el uso del artificio político para dividir a los rebeldes, deshacerse de los cabecillas y recuperar la obediencia. Al terminar la reunión Abascal llamó a Arredondo y le dijo que era probable que su recomendación fuese la mejor pero que el peligro estaba en que, de aplicarse, ello traería como consecuencia el que pudiese calificársele como cómplice de Godoy o de los franceses, por lo que no le quedaba otro remedio que apoyar la represión militar con el fin de salvaguardar su honor. La codicia y la ambición de gloria se superponían a la prudencia, por lo que éste fue el único momento en que Lorente lanzó una crítica al virrey: «si Abascal habló como se dice, dio una prueba de ligereza y egoísmo, poco en armonía con su conducta habitual»¹⁷. En relación con la situación interna del Perú, Lorente se mostró comprensivo con la actitud fidelista del virrey al punto tal de concluir que «de continuo hubo de comprimir las aspiraciones nacionales del Perú, sin herir demasiado la susceptibilidad de los pueblos»¹⁸. Hacía de este modo suyo el discurso del temprano apego de los criollos limeños por la causa de la independencia, al costo de omitir casi cualquier alusión a la rebelión del Cuzco de 1814. Al referirse a la conclusión del gobierno de este virrey, Lorente expresó entre sorpresa y admiración que «lo que más honra la memoria de Abascal, es que en aquellas circunstancias dejó pocos enemigos, muchos admiradores y personas lamentando su separación del gobierno»¹⁹. Como se advierte, su relato difiere en varios aspectos de la invención nacionalista hecha por Vicuña Mackenna, Ricardo Palma y José Antonio de Lavalle. Si bien coincidió con los anteriores en destacar la habilidad política de Abascal, por sobre ello destacó su incuestionable fidelidad a la Corona y una benevolencia en el trato a los simpatizantes de la independencia que no encajaba con la gesta heroica del espíritu criollo. Tal vez por esta interpretación alejada de los predios oficiales el relato de Lorente no fue incorporado a la narrativa nacionalista de los manuales de historia.

Cierra el siglo XIX la más extensa biografía que se tiene hasta sobre el virrey Abascal y que fue publicada en 1874 por Manuel de Mendiburu en el primer tomo de su *Diccionario Histórico-Biográfico*. Esta obra iba a destacar por su rigurosidad historiográfica en un medio en el que la mitología nacionalista y la narración histórica se hallaban entrelazadas. Mendiburu introdujo una interpretación novedosa de la Lima de Abascal al destacar no sólo la ilustración, fortuna e influencia de su aristocracia sino también, y por encima de todo, su espíritu corte-

¹⁷ *Ibidem*, p. 305.

¹⁸ *Ibidem*, p. 319.

¹⁹ *Ibidem*, p. 320.

sano. Por lo anterior, la destreza del virrey que a Mendiburu le interesó poner de relieve fue su capacidad para comprender a aquella sociedad cortesana y «manejarla por medio de estímulos y de cortesés comedimientos, para que cooperase activamente a los fines que se proponía y serían luego objeto de su política»²⁰. El corte ideológico del *Diccionario* de Mendiburu era abrupto con toda la historiografía que le antecedió y que había impulsado el mito del apego temprano de la capital peruana por la independencia. Para colmar las expectativas de una «capital engreída» en su simbología de Corte, Abascal proporcionó a ésta numerosos obsequios en los ramos de obras públicas, ornato, instrucción y seguridad interna que le permitieron ganarse el respeto y la admiración general. Mendiburu se movió de la exagerada adulación de los limeños para con el virrey. Destacó entre los más grotescos uno hecho en su honor que finalizaba afirmando que «el nombre de Abascal había hallado la suerte de vivir inmortal donde todo era muerte»²¹. En un pasaje de su relato, Mendiburu llegó a calificar a la aristocracia limeña de políticamente ingenua, sobre todo cuando el virrey, a cambio de sus tempranas inversiones en el embellecimiento de la capital, le exigió desde 1810 los recursos económicos que requería para combatir la insurgencia en el resto del continente: «circulaba [(Abascal)] frecuentes manifiestos y proclamas, estimulando a los habitantes con el amor a la Patria y al infortunado Rey, para que proporcionasen dinero y así explotaba a una sociedad inocente y bondadosa, de cuya crédula confianza no dejaría a sus solas de burlarse»²².

Mendiburu fue el primer historiador en destacar la alianza de intereses entre Abascal y el poderoso Tribunal del Consulado. Esta que proporcionaba al virrey continuos donativos y préstamos a cambio de que él garantizara a la corporación su hegemonía económica en el Pacífico a través de la protección de sus privilegios en el comercio marítimo. Asimismo, reconoció que Lima no pudo sumarse tempranamente a la revolución de la independencia usando como explicación que Abascal, aparte de adularla y adormecerla, supo someterla a sus objetivos ambiciosos que exclusivamente buscaban afianzar su prestigio personal en la Corte española. Puso como ejemplo de esto último la creación del regimiento militar de la Concordia que no sólo le fue útil al virrey en su propósito de homogeneizar una idea de patria entre peninsulares y criollos sino que le proporcionó el espaldarazo que requería para obtener un título nobiliario en Madrid. Cuando Mendiburu se refiere a las conspiraciones que tuvieron lugar en la capital a partir de 1810, su parecer es contrario a la de Vicuña Mackenna debido a que las mismas no dejaron de ser actos aislados y sin soporte popular, «dentro de éstos se necesitaba una cooperación regular y positiva que entonces faltaba y sin la cual nada

²⁰ Manuel de MENDIBURU, *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, 12 ts., Lima, 1874; aquí se usa la segunda edición publicada en Lima en 1931, t.1, p. 59.

²¹ *Ibidem*, p. 69.

²² *Ibidem*, p. 78.

podía lograrse»²³. A pesar de configurar un discurso revisionista, Mendiburu sintió la necesidad de hacer alguna concesión a los discursos fabricados por sus antecesores. Es así como sucumbió a la versión de que la ambición de Abascal no estaba reñida con la idea de querer proclamarse soberano tal como lo relatara José Antonio de Lavalle²⁴. En suma, el retrato que dejó el estudio de Mendiburu de Abascal fue el de un militar déspota, vanidoso e intrigante. Tras su careta de pacificador del continente encontraba el carácter de un indiscutible dictador, por encima de su imagen del gobernante benévolo hallaba al hombre empeñado en lograr a cualquier costo sus ambiciones personales y, por último, antes que un negociador político vio en él a un estratega de la guerra cuyo único objetivo era aplastar a sus enemigos.

Los comentarios que el historiador José de la Riva Agüero hizo respecto al perfil biográfico de Abascal efectuado por Mendiburu se concentraron en criticar la severidad con que éste juzgó el papel de aquel como líder de la contrarrevolución. Atribuía tal desafecto a la vinculación de Mendiburu con los acontecimientos políticos que relataba pero también a su olvido de que la idea criolla de patria era un sentimiento anterior a Abascal. Fue ese el motivo por el que Riva Agüero consideró indispensable rescatar el discurso de la historiografía nacionalista omitido por Mendiburu que consideraba la emancipación como un sentimiento arraigado en el Perú a pesar de los juramentos de fidelidad a Fernando VII. Tomando en consideración este contexto, Riva Agüero propuso que el papel de uno y otro bando político era justificable: «hay que declarar que nuestros padres hicieron muy bien al luchar por su libertad y proclamar la emancipación, pero que Abascal no hizo al salirle denodadamente al encuentro sino cumplir como bueno sus deberes de gobernante y español»²⁵.

Riva Agüero reconoció que el Perú en tiempos de Abascal destacó por su postura de fidelidad excepcional con respecto al resto de territorios americanos, aunque propuso una distinción política atendiendo al medio geográfico. La sierra peruana, como La Paz y Quito, optó por la acción revolucionaria poniendo como ejemplos los movimientos de Crespo y Castillo en Huánuco y Pumacahua en Cuzco, mientras que la costa apoyó a Abascal con la excepción de Tacna en donde destacó la rebelión de Zela. Debiendo decidir entre las interpretaciones opuestas de Vicuña Mackenna y Mendiburu, se pronunció por la de este último al precisar que «lo que contrarrestó el empuje de los revolucionarios peruanos, fue la actitud indiferente de la ciudad de Lima. Es cosa sabida en el Perú que ninguna revolución vence si no tiene a su favor la opinión de la capital»²⁶. Pero a diferen-

²³ *Ibidem*, p. 97.

²⁴ *Ibidem*, p. 100.

²⁵ José de la RIVA AGÜERO, *La Historia en el Perú*, Lima, Imprenta Nacional de Federico Barrionuevo, 1910, p. 444.

²⁶ José de la RIVA AGÜERO, «Don José Baquíjano y Carrillo», *Obras Completas*, 16 ts., Lima, Instituto Riva Agüero, 1971, t. VII, p. 76; artículo originalmente publicado en la revista *El Ateneo de Lima*, t. VI, 1905.

cia de Mendiburu no atribuyó el desapego de la nobleza limeña por la revolución a causas psicológicas o a razones telúricas sino a motivaciones estrictamente económicas, por ejemplo, que su vecindario en su mayor parte integrado por burocratas y comerciantes seguía beneficiándose de la protección real. Por eso a pesar de la tensión social entre criollos y peninsulares nadie deseaba una revolución. La figura de Abascal, en palabras de Riva Agüero «el más notable de todos los gobernantes españoles que entonces se hallaban al frente de las colonias», fue el segundo motivo que explica el retraso de la independencia. El virrey con su carisma, gestión, prudencia y tolerancia conquistó el aprecio de los limeños y su actuación firme en la crisis de 1808 le proporcionó la legitimidad que, por el contrario, otros virreyes de América iban a perder. La tercera y última causa la encontró en la ausencia de un líder entre los liberales criollos, ya que quienes pudieron asumir tal papel, sea el abogado José Baquijano y Carrillo, el brigadier Manuel de Villalta o el fraile Diego Cisneros, desaparecieron pronto del escenario político²⁷.

En la primera mitad del siglo XX siguieron el discurso de Riva Agüero, primero, la llamada generación de historiadores del Centenario, entre los que destacaron Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras Barrenechea, Jorge Basadre y, luego, el grupo de historiadores vinculados al Instituto Riva-Agüero de la Universidad Católica como fue el caso de Rubén Vargas Ugarte y José Agustín de la Puente Candamo. Todos ellos iban a confeccionar el definitivo orden secuencial del relato nacionalista sobre el proceso de la emancipación. Entre los mismos hubo un consenso en que la idea de la patria peruana fue confeccionada por el grupo de ilustrados que colaboró en la publicación *Mercurio Peruano* en la última década del siglo XVIII. Tal sentimiento nacional se fortaleció con el ideario precursor de un selecto grupo de criollos como José Baquijano y Carrillo, Hipólito Unanue o Toribio Rodríguez de Mendoza, quienes siguieron desarrollando el sentimiento nacional durante la época de los virreyes O'Higgins, Avilés y Abascal. Por último, aquella doctrina patriótica se transformó en insurgencia separatista por acción de las rebeliones de Crespo y Castillo en Huánuco en 1812, Zela y Paillardelle en Tacna, respectivamente, en 1811 y 1813, y Pumacahua en el Cuzco en 1814.

En 1956 se celebró en el Instituto Riva Agüero de Lima el simposio sobre la causa de la independencia cuya novedad fue extender el horizonte cronológico de este proceso histórico a los años de 1780 y 1820, «es decir los 40 años considerados precursores de la emancipación peruana: desde la rebelión de Tupac Amaru II hasta el arribo del ejército de San Martín a nuestras costas»²⁸. Este fue el relato secuencial de la formación de la nacionalidad peruana que finalmente el Estado oficializó como contenido temático de los manuales de historia peruana para la

²⁷ *Ibidem*, p. 78-79.

²⁸ Carlos Daniel VALCÁRCEL, «Simposio sobre la Causa de la Independencia», *Estudios Americanos*, núm. 75, Sevilla, 1957, p. 265.

enseñanza primaria y secundaria. La historia oficial de la emancipación fue hegemónica en el discurso académico peruano hasta finalizar la década de 1960. Sólo los artículos revisionistas relacionados con la formación de la conciencia nacional criolla que publicara Pablo Macera entre 1963 y 1967 escaparon en cierto modo al discurso de la historiografía de la independencia²⁹. Sin embargo, los temas desarrollados por este historiador, como el debate sobre el probabilismo filosófico, el encuentro el lenguaje y el modernismo, el desarrollo de la enseñanza de la educación elemental, la visión de la sexualidad en el virreinato y el fomento de un indigenismo colonial, no se extienden hasta la época de gobierno de Abascal. A pesar de ello, estos estudios no dejan de ser antecedentes indispensables para comprender la cultura y la política peruana entre 1806 y 1816.

2. LA TEORÍA SOCIAL DE LA EMANCIPACIÓN EN LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

Varias fueron las instituciones americanistas surgidas en España durante las primeras décadas del siglo XX. Entre las más importantes cabe destacar en Madrid la Sección Hispano-Americana del Centro de Estudios Históricos, cuyos miembros fueron incorporados bajo el franquismo al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas creado en 1940. La historia fue algo parecida en Sevilla. Tres instituciones americanistas se sucedieron durante la primera mitad del siglo XX: el Centro de Estudios Americanistas creado en 1913 y estrechamente vinculado al Archivo de Indias, el Centro de Estudios de Historia de América en la Universidad de Sevilla creado en 1932 y la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, creada el 10 de noviembre de 1942 con parte del personal del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo³⁰. Esta última institución puso en marcha un ambicioso plan editorial entre los que destacó la publicación del *Anuario de Estudios Americanos* y de una serie monográfica que fue inaugurada con la *Memoria de gobierno* del virrey Abascal. Los editores de esta obra, Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano, consultaron por primera vez la relación de gobierno íntegra de este virrey que entre otros documentos y papeles de la época conservaba su descendiente Manuel Pavía y Pereira. La introducción a la memoria de Abascal preparada por Rodríguez Casado se convirtió en una pieza singular dentro del discurso historiográfico que pretendía conformar la Escuela de Estudios Hispano-Americanos con relación a la emancipación americana.

²⁹ Pablo MACERA, *Trabajos de Historia*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1977. Ver en especial los tomos 1 y 2.

³⁰ José Antonio CALDERÓN QUIJANO, *Americanismo en Sevilla 1900-1980*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1987.

El perfil del virrey que hace Rodríguez Casado es similar al formulado por la historiografía peruana y no duda en calificarle como un psicólogo de la política ya que hizo primar en su gobierno la prudencia, la unión y la concordia por sobre la guerra y la fuerza, a las que recurrió sólo como recurso final. Destaca como idea principal de su gestión gubernamental el mantenimiento de «la unidad de las Españas, la europea y la americana»³¹, una empresa debilitada desde mediados del siglo XVIII por los vicios de los representantes de la monarquía en América y, también, por la propia dinastía borbónica que con sus reformas «combatió en su raíz más íntima, la personalidad libre y espiritual de cada uno de los españoles, provocando ese malestar creciente y difícilmente remediable de que se hace eco nuestro virrey»³². Rodríguez Casado, haciendo suyas las palabras de Abascal, lamentaba que las reformas borbónicas no hubieran contemplado el refuerzo del poder del virrey, pudiendo sus decisiones ser cuestionadas y apeladas ante la Audiencia. Deploró además que en el último tercio del siglo XVIII la capacidad de gestión del virrey fuese reducida en beneficio de los visitadores generales y los superintendentes. En opinión de Rodríguez Casado, el virrey español a fines del siglo XVIII no era un jefe político capacitado para ejercer un poder absolutista, sino más bien se trataba de un puesto ocupado por un funcionario de alta graduación con la única mira de escalar a otro cargo de mejor remuneración o para culminar con decoro su carrera administrativa. Pero si las reformas borbónicas fueron poco propicias para revitalizar el poder del virrey, en opinión de Rodríguez Casado peor efecto tuvieron las reformas liberales aplicadas por las Cortes de Cádiz porque no sólo el cargo de virrey profundizó su crisis sino que se allanó el camino para la pérdida definitiva de las posesiones americanas.

Es sintomático que en el capítulo titulado «Abascal y las causas de la independencia», Rodríguez Casado hiciera una lectura de la crisis política que experimentó Hispanoamérica a partir de 1808 casi calcada de la coyuntura bélica que vivió España a partir de 1936. Para este historiador también la independencia fue una guerra civil en su sentido más estricto porque «se combatía, es cierto, por conseguir más autonomía política y económica, pero no es menos cierto que tal pugna sólo fue posible al romperse la unidad política de las Españas»³³. La América española era un imperio colonial cuyos virreinos, gobernaciones y capitánías estaban unidos entre sí por un vínculo que tenía su expresión religiosa en la Iglesia católica y su expresión política en un gobierno político autoritario. Esta unidad se mantuvo pese a los intentos de las potencias europeas enemigas de España de erosionar a fines del siglo XVIII el imperio por medio de la difusión de las ideas revolucionarias y del contrabando. Sin embargo, fue la etapa liberal y

³¹ José Fernando de ABASCAL Y SOUSA, *Memoria de Gobierno*, 2 ts., Vicente RODRÍGUEZ CASADO y José Antonio CALDERÓN QUIJANO (eds.), Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1944, t.1, p. XXVII-XXVIII.

³² *Ibidem*, p. LXII

³³ *Ibidem*, p. XCV.

«democrática» que se alentó tras producirse la crisis política de 1808 la que terminó desbaratando todo el edificio ideológico de la monarquía hispánica, y en este punto coincide con el diagnóstico del virrey Abascal:

Nuestro virrey abomina de la figura democrática o falsamente liberal del ‘laissez faire’ que se dibuja en las Cortes de Cádiz, y considera que el mal había ido tan lejos, que hasta la metrópoli, a la cual le iba la vida en eso, era la primera, era la primera en dejarse arrastrar por ellas. Ve en la tesis del pseudo-liberalismo ochocentista la muerte efectiva de la monarquía española y, con su pérdida, la desaparición del vínculo del Imperio³⁴.

El liberalismo español, tributario del movimiento que surgió con la revolución francesa, con sus sucesivos decretos de igualdad de derechos entre españoles y americanos, convocatoria de unas Cortes representativas, libertad de imprenta, supresión de la Inquisición y, por último, con la sanción de la constitución de 1812, fue el causante directo de la erosión definitiva de unos vínculos sustentados por la fe católica y la férrea autoridad política. De esas libertades se iban a aprovechar los criollos guiados por un egoísmo individual para fomentar la insurrección de los diferentes estamentos sociales alucinados por las promesas de un porvenir mejor sin un gobierno de los españoles. Rodríguez Casado conduce su estudio introductorio hacia un extenso análisis de las elecciones de representantes a Cortes de 1809, que en sus palabras fue «el primer acto democrático, o más bien pseudodemocrático, que tuvo lugar en el escenario del Perú», y concluye que la consecuencia de tal escenario inédito fue garantizar a los diputados americanos el aprendizaje del liberalismo «subversivo».

Por último, Rodríguez Casado tiende a resumir el papel que tuvo Abascal frente a la guerra civil hispanoamericana como el del último cruzado por la unidad imperial de la España peninsular y americana. Para lograr su cometido primero recuperó a base de negociaciones con las instancias de poder las atribuciones políticas que había perdido el puesto de virrey desde fines del siglo XVIII, a continuación puso en práctica tanto en su gobierno del Perú como en sus campañas militares a Quito, el Alto Perú y Chile una estrategia de concordia y reconciliación con sus enemigos para atraerlos a su bando, y, por último, acató las medidas liberales procedentes de las Cortes de Cádiz utilizando los recursos que ella misma le confería para limitar sus efectos. Abascal no alcanzó la condición de caudillo porque ello habría supuesto caer en un «verdadero precipicio» al suponer su conversión en un monarca³⁵. Rodríguez Casado, haciendo suya la versión popularizada por José Antonio de Lavalle, también creyó que Abascal por un defecto de vanidad extrema estuvo a punto de ceñirse la corona del Perú en 1808 pero, finalmente, se arrepintió y desistió.

³⁴ *Ibidem*, p. CIV.

³⁵ *Ibidem*, p. XL.

A la edición de la memoria de Abascal siguió cuatro años más tarde el estudio de Fernando Díaz Venteo dedicado a las campañas militares organizadas por este virrey entre 1810 y 1815 para contener las sublevaciones en el continente suramericano. El autor anunció en la misma obra su continuación en una segunda parte que nunca se publicó y que debía contener un estudio biográfico de Abascal, así como un análisis de su gestión en el Virreinato del Perú. No obstante, las breves referencias de Díaz Venteo sobre aquel personaje en su obra de 1948 presentan algunas matizaciones respecto al perfil trazado por Rodríguez Casado. En primer lugar, descarta la leyenda propalada por José Antonio de Lavalle acerca de las pretensiones al trono del Perú de este virrey al no encontrar ningún documento que pruebe tal proyecto en el Archivo de Indias, en el archivo de Abascal o en el archivo del Conde de Guaqui³⁶. Es más, para Díaz Venteo la documentación consultada le conduce a afirmar que el virrey no tuvo ningún gesto de duda a la hora de decidir entre Fernando VII, José Bonaparte y Carlota Joaquina, expresando su fidelidad al primero. Otro aspecto importante que se destaca en este estudio es la reacción de los cabildos americanos ante la coyuntura de 1808. Si en la mayoría de los casos la crisis política derivó en una pugna entre el virrey que defendía el orden antiguo y el Cabildo que aglutinaba las tendencias revolucionarias, por el contrario, en el caso Lima ocurrió una identificación plena entre ambas instituciones en la actitud de fidelidad hacia Fernando VII y las instituciones que gobernaban en su nombre en la Península. Esta alianza daba un argumento esencial a la afirmación de que los limeños eran los únicos americanos que no estaban por la labor de la independencia. Pero el logro supremo del virrey en el Perú fue conseguir la formación de un ejército y un partido americano integrado por criollos y realistas para enfrentar a los enemigos del régimen absolutista con lo que «el plan de Abascal estaba logrado. Contaba con el ejército peruano, con la aristocracia, y, en general, con las simpatías de todos los habitantes del Virreinato. Muy bien podía considerarse, como él mismo decía, ‘el único punto de apoyo’ que sostenía a América»³⁷. Tanto o más importante para el retardo de la independencia fue esta conversión del Perú en centro militar y económico de la contrarrevolución como las propias campañas militares.

Un tema historiográfico que el grupo de historiadores de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos se propuso esclarecer en las décadas de 1940 y 1950, fue el de la ideología de la emancipación. Díaz Venteo lo enuncia con toda claridad al principio de su obra sobre las campañas militares de Abascal cuando afirma que «hoy está claro que la independencia fue un problema típica y netamente español. En su génesis, no juega un papel decisivo la ideología de la Enciclope-

³⁶ Fernando DÍAZ VENTEO, *Las campañas militares del virrey Abascal*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948, p. 20.

³⁷ *Ibidem*, p. 28.

dia... sino las doctrinas tradicionales españolas»³⁸. Se trataba de cuestionar las tesis de un sector de la historiografía anglosajona que en su interés por resaltar los orígenes intelectuales de la independencia hispanoamericana destacaba el impacto de las ideas extranjeras, en especial de los enciclopedistas franceses de la primera mitad del siglo XVIII y de la generación de 1789³⁹. En la Escuela de Estudios Hispano-Americanos este planteamiento fue un tema central de discusión por parte del llamado «Seminario de la Emancipación» que integraron Vicente Rodríguez Casado, Richard Konetzke, Patricio Peñalver, Guillermo Porras Muñoz, Carlos Corona Baratech y Octavio Gil Munilla. De éste salieron algunas interpretaciones que iban a condicionar la forma de analizar la época del virrey Abascal en el contexto de la independencia hispanoamericana.

Existía casi un consenso dentro del «Seminario de la Emancipación» de que la pérdida de las posesiones americanas debía relacionarse más con la crisis general del antiguo régimen en Europa de fines del siglo XVIII que con la difusión de las ideas extranjeras. Fue en ese contexto que Gil Munilla formuló una teoría de la emancipación que destacaba únicamente el proceso social y, por tanto, relegaba la cuestión ideológica porque, en sus palabras, «la independencia americana era algo fatal que se hubiera producido sin necesidad de que la expulsión de los jesuitas, las revoluciones francesas y norteamericanas, las ideas enciclopedistas y las presiones extranjeras contribuyesen a preparar el ambiente»⁴⁰. Parte Gil Munilla de la idea de que la burguesía, como expresión política de las emergentes clases medias, llegó al poder en España bajo el reinado de Carlos III, convirtiéndose en auspiciadora y protectora de su participación en el gobierno. Por el contrario, la burguesía americana, identificada con los criollos, si bien logró en esa misma coyuntura importantes avances económicos y educativos, contrariamente, nunca alcanzó una participación en la política ya que el mismo régimen monárquico se lo negaba. Favorecidos por una mayor conciencia nacional americana que los españoles, para Gil Munilla los criollos adoptaron el deseo de romper con la península cuando se afianzaron en ellos los sentimientos de descentralización y cantonalismo propios del individualismo español más extremista. Lo que interesa destacar de esta teoría de la emancipación es que el avance y triunfo de la burguesía en las posesiones americanas fue un proceso irreversible y al mismo poco contribuyeron las ideas europeas del siglo XVIII e, incluso, las ideas liberales de las Cortes de Cádiz. Gil Munilla enfiló especialmente contra esta última porque su lenguaje democrático asumió ingenuamente la concesión a los criollos americanos de beneficios y equidades políticas que estos ya habían superado como la opresión, la pobreza o la ignorancia.

³⁸ *Ibidem*, p. 4.

³⁹ Arthur P. WHITAKER (ed.), *Latin America and the Enlightenment*, Nueva York, D. Appleton-Century Company, 1942.

⁴⁰ Octavio GIL MUNILLA, «Teoría de la Emancipación», *Estudios Americanos*, vol. II núm. 7, Sevilla, 1950, p. 336.

En otra contribución que al igual que la de Gil Munilla estuvo dedicada a reflexionar sobre las raíces ideológicas de la emancipación, Patricio Peñalver Simó coincidía con éste en que las doctrinas filosóficas enciclopedistas no eran el soporte fundamental de dicho pensamiento. Pero este autor criticaba asimismo la interpretación populista del historiador Manuel Giménez Fernández, que había surgido como explicación ideológica alternativa a la anglosajona, y cuya tesis central era que las doctrinas escolásticas tradicionales de la soberanía popular de Suárez, Mariana y Vitoria fueron la doctrina general y común de la insurgencia americana⁴¹. Peñalver Simó, por el contrario, propuso que en la emancipación confluía una heterogeneidad de elementos ideológicos tan amplios como inabarcables al análisis. Entendido así, el pensamiento filosófico español y americano no enfrentaba una contradicción entre tiranía y libertad sino entre teocentrismo y antropocentrismo en la que tienen igual cabida la tradición escolástica medieval, la concepción del naturalismo francés, el pensamiento enciclopedista de la ilustración, el liberalismo filosófico, etc. Por tanto, el enciclopedismo y el escolasticismo en sí mismos no podían entenderse como causas de una actuación revolucionaria sino como parte de toda una irrupción de elementos extraños que afectaban el pensamiento católico universal del siglo XVIII, el mismo que quedará «acartonado en una rigidez que sólo recientemente ha empezado a superar»⁴², esto último hacía referencia a las encíclicas *Aeterni Patris* y *Humani Generis* promulgadas por Pío XII que iban en conformidad con la doctrina nacionalcatolista del franquismo. La conclusión de este autor es, por tanto, que no había una motivación de índole intelectual en la emancipación americana y que ella debía ser analizada como un hecho social tal como lo sostenían Rodríguez Casado y Gil Munilla, hipótesis ésta que «se ve ahora en parte confirmada por nuestros resultados, según los cuales, no dándose ninguna corriente de pensamiento privativa y exclusiva en el movimiento independentista, la causa principal de éste habrá de buscarse en razones no ideológicas, sino sociales»⁴³.

Iba a corresponder a Carlos Corona Baratech la aplicación de la teoría social de la emancipación gestada en la escuela de Sevilla a la época de gobierno de Abascal. El advenimiento de la burguesía al poder político en España significó que los virreyes del siglo XVIII dejaran de hacerse provenir de los miembros de la antigua nobleza, como había ocurrido en la época de los Austrias, para recaer entre hombres de carrera, magistrados y militares. De este modo el máximo cargo político y militar en la América española fue convertido en puesto ideal para un funcionario distinguido por sus méritos propios. Sin embargo, este sistema de selección comenzó a fracasar bajo el reinado de Carlos IV al delegar éste sus

⁴¹ Manuel GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, «Las doctrinas populistas en la Independencia de América», *Anuario de Estudios Americanos*, núm.3, Sevilla, 1946, pp. 517-666.

⁴² Patricio PEÑALVER SIMÓ, «El pensamiento de la emancipación», *Estudios Americanos*, vol. III, núm. 9, Sevilla, 1951, pp. 226-227.

⁴³ *Ibidem*, p. 225.

facultades administrativas en el valido Manuel Godoy, quien procedió a conformar en España e Indias un cuerpo administrativo en el que el mérito cedió su lugar a la lealtad incondicional a su persona y camarilla. Como consecuencia de este nepotismo, la burocratización de la burguesía, en que destacaban los virreyes de la América española, llegó a su máximo esplendor pero convertida en simple ejecutora de las órdenes de Godoy y sin iniciativas que pudieran desagradarle⁴⁴. La caída de este personaje tras el motín de Aranjuez, la posterior abdicación de Carlos IV y la crisis de autoridad que sobrevino con el confinamiento de Fernando VII en Bayona y la invasión francesa hizo evidente las limitaciones del virrey funcionario que, acostumbrado exclusivamente a obedecer, adoptó en casi todos los casos una postura de inercia frente a los acontecimientos de 1808. Todos los virreyes «godoyistas», José de Iturrigaray en Nueva España, Baltasar Hidalgo de Cisneros en Buenos Aires y Antonio Amar y Borbón en Nueva Granada, demostraron su falta de iniciativa y sucumbieron a las presiones de los criollos haciendo evidente la crisis de la institución virreinal. La hipótesis principal de Corona Baratech es que sólo Abascal logró sortear la crisis institucional en el Perú porque oportunamente supo reasumir la autoridad férrea cuando las comunicaciones con el gobierno central quedaron reducidas a su mínima expresión. La razón que explicaba tal conducta singular se hallaba en que no se estaba ante un funcionario de carrera ni ante un militar aburguesado. Abascal «era de rancio abolengo, de formación plenamente aristocrática»⁴⁵. Esta innata condición le condujo a actuar como un soberano independiente y le permitió contener el debilitamiento del poder virreinal introducido por las Cortes de Cádiz y retrasar la independencia de América mientras mantuvo el mando supremo del Perú. Pero Abascal era un resorte más del antiguo régimen y no su pieza clave. Corona Baratech consideró limitado el empeño de la restauración de Fernando VII por contener la emancipación de Hispanoamérica restableciendo el modelo político anterior a 1808. El retorno del absolutismo a los virreinos ocurrió en una coyuntura en el que, a la irreversible pérdida de autoridad del virrey funcionario, se iba a sumar la creciente ansia de poder de los caudillos surgidos dentro del propio ejército realista. En Nueva Granada el general Pablo Morillo se iba a imponer a la autoridad del virrey Francisco Montalvo y en Nueva España el teniente Agustín de Iturbide haría lo propio sobre el virrey Juan Ruiz de Apodaca. También en este caso la excepción fue Abascal, quien nunca perdió la autoridad ante los principales generales de su ejército, Juan Ramírez, José Manuel de Goyeneche y Joaquín de la Pezuela. Fue con este último cuando el Perú sucumbió al efecto del caudillismo militar, fenómeno que Corona Baratech identificó como «el último golpe de gracia a la

⁴⁴ Carlos E. CORONA BARATECH, «Abascal. El virrey en la Emancipación», *Estudios Americanos*, vol. III, núm. 11, Sevilla, 1951, p. 479.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 492.

autoridad virreinal»⁴⁶, y su máxima expresión fue la deposición de este virrey por el general José de La Serna en 1821.

Todo lo afirmado por Rodríguez Casado, Díaz Venteo y Corona Batratch en relación con la actuación excepcional del virrey Abascal en el período de crisis de la monarquía hispánica no tuvo mayor eco fuera de España. El discurso de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos que interpretó la emancipación como una etapa de decadencia y disolución irreversible del viejo imperio español no generó controversia ni seguidores entre los historiadores hispanoamericanos.

3. LA REINTERPRETACIÓN DE LA INDEPENDENCIA A PARTIR DEL SESQUICENTENARIO

En 1971 el régimen militar peruano que presidía el general Juan Velasco Alvarado conmemoró los ciento cincuenta años de la proclamación de la independencia publicando la Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP), una obra monumental compuesta por más de un centenar de volúmenes divididos en diversas temáticas como la acción patriótica del pueblo: guerrillas y montoneros, los asuntos militares, los periódicos, la expedición libertadora, la iglesia, los ideólogos y las relaciones de viajeros. La CDIP no fue propiamente una investigación sobre la emancipación sino una recopilación de documentos de desigual valor que la Comisión Nacional, presidida por el General Juan Mendoza Rodríguez, se congratulaba en poner al servicio del investigador. Pero como hizo notar John Fisher, el trasfondo ideológico de esta empresa historiográfica era armonizar la interpretación de la emancipación con el proyecto de justicia social, reconciliación racial y nacionalismo del gobierno militar⁴⁷. No resultó bajo ese propósito extraño que uno de los volúmenes de la colección institucionalizara la rebelión de Tupac Amaru II en el Cuzco de 1780 como precursora de la independencia. El icono que representaba la silueta de este personaje ya había sido convertido por los militares en símbolo de la reforma agraria de 1969 y continuó siendo utilizado como propaganda del indigenismo oficial en la década de 1970.

Los tomos de la CDIP tardaron un tiempo en ser usados, de ahí que en *Las Revoluciones Hispanoamericanas* de John Lynch y en *Revolución y contrarrevolución en México y Perú* de Brian R. Hamnett, no se les citase. En el clásico estudio de Lynch el protagonismo de Abascal quedó relegado a un lugar secundario al concebir a los criollos como los actores fundamentales del éxito o fracaso de dicho cambio político. Los criollos en el Perú optaron por la segunda opción, la conservadora y fidelista, porque la continuidad del orden virreinal no sólo les

⁴⁶ *Ibidem*, p. 494.

⁴⁷ John Fisher, «Royalism, regionalism and rebellion in colonial Peru, 1808-1815», *Hispanic American Historical Review*, vol. 59 núm. 1, 1979, pp. 233-234.

garantizaba el mantenimiento de sus privilegios y su predominio social sino también la seguridad de que los negros e indios nunca promoverían revueltas sociales en su contra. Incluso aquellos que simpatizaban con el liberalismo, el caso de José Baquijano y Carrillo, Toribio Rodríguez de Mendoza e Hipólito Unanue, postulaban más libertad e igualdad para los criollos pero enmarcadas dentro de la estructura social y política del sistema colonial. La revolución del cacique Pumacahua en el Cuzco en 1814 reavivó el miedo colectivo de la población criolla y por esa razón este sector reforzó su conservadurismo. De ahí concluye Lynch que la independencia no fue producto de una iniciativa peruana sino una empresa concedida por las expediciones militares de los generales José de San Martín y Simón Bolívar. La temprana predisposición de los criollos para actuar contra la revolución en Sudamérica facilitó el propósito del virrey Abascal de convertir al Perú en el bastión de la defensa española del continente. Pero Lynch otorga especial relieve también a los defectos de esta estrategia autoritaria del virrey, entre los que se halla el daño irreparable hecho a la hacienda pública peruana por las contribuciones excesivas y por los préstamos onerosos. También consideraba un error del virrey su desmedido desprecio a las medidas liberales de las Cortes de Cádiz, cuando estos objetivos en el fondo no tenían otro propósito que garantizar el predominio peninsular en América. En un error de cálculo político Abascal calificó de débil al gobierno liberal de España y aunque acató la Constitución de 1812 saboteó su aplicación. Esta actitud, producto de una soberbia y vanidad desmedidas, le impidió comprender y atender los deseos de mayor libertad que demandaban los criollos partidarios de las reformas, «Abascal no entendió nunca el nuevo espíritu que animaba a América; no supo identificar las causas reales de la revolución americana y equivocadamente atribuyó cada manifestación de rebelión a una conspiración inspirada en Buenos Aires»⁴⁸. Por último, Lynch destaca el desprecio social y racial que sentía este virrey hacia los americanos al advertir en varios pasajes de su memoria de gobierno el predominio de calificativos como el de ignorantes, desleales e imbéciles. En suma, la imagen del virrey Abascal que proporciona *Las Revoluciones Hispanoamericanas* es la de una autoridad con instinto de liderazgo y leal a la Corona, aunque en el fondo su actuación garantizó exclusivamente la defensa de los privilegios económicos y sociales de los criollos del Perú.

El historiador inglés Brian R. Hamnett iba a corroborar y ampliar en su estudio comparativo sobre el proceso de la independencia en México y el Perú lo afirmado por John Lynch sobre Abascal. En primer lugar, destacó la capacidad de este virrey para aislar al Perú del clima de violencia y resentimiento local generado por las reformas borbónicas aplicando una política de concordia entre criollos y peninsulares. Tal empresa fue complementada por el virrey con su de-

⁴⁸ John LYNCH, *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973, p. 184.

cisión de no permitir que se estableciera ningún gobierno autónomo en los territorios que administraba al advertir que ello tarde o temprano iba a deslegitimar la autoridad de la monarquía. En consecuencia, Hamnett reconocía la preponderancia de Abascal como líder de la contrarrevolución⁴⁹. Pero añadía que el proyecto del virrey no hubiera tenido éxito sin la voluntaria disposición de la elite peruana, tanto de origen europeo como americano, de unirse para recuperar el equilibrio de poder del siglo XVIII, alterado por las reformas borbónicas. El motivo de esa colaboración fue fruto del resentimiento que guardaban los peruanos contra los rioplatenses, es decir, el resultado de «la continua disminución del predominio político peruano en Sudamérica (que) produjo una voluntad de ‘revancha’ en los círculos administrativos y comerciales de Lima que en parte hizo pasar a segundo término la rivalidad tradicional entre peninsulares y criollos»⁵⁰. A partir de la crisis política de 1808 el enfrentamiento iba a ser abierto entre los sistemas políticos de Lima y Buenos Aires. La alianza de intereses entre la elite peruana y Abascal tuvo su recompensa inmediata con la reanexión del Alto Perú al virreinato peruano en 1810 luego de ser aplastadas las juntas de gobierno formadas en Charcas y La Paz. Como resultado de esta incorporación la elite peruana recuperó la extensión territorial perdida en 1776 cuando se creó el Virreinato del Río de la Plata. No obstante el alto costo económico que esta empresa reportaba a la elite económica peruana traducida en donativos voluntarios y préstamos forzosos al virrey, ésta siguió apoyando la empresa en su afán de recuperar la hegemonía en el sur del continente americano. Con la reconquista de Chile en 1814, lograda por el triunfo de la expedición militar de Osorio, la elite peruana creyó finalmente ver cumplido su sueño de recuperar el poder de la primera mitad del siglo XVIII, «cuando los ministros borbónicos empezaron a desmembrar el antiguo Virreinato»⁵¹.

Según Hamnett, Abascal contó con el favor de la elite limeña, pero dicha alianza no se dio con los representantes peruanos en las Cortes de Cádiz, quienes le consideraron el mayor obstáculo a la aplicación de los preceptos liberales y por eso solicitaron su destitución el 23 de marzo de 1811. Los diputados españoles, al impedir que tal trámite prosperara, hicieron traslucir las verdaderas motivaciones del parlamento gaditano. Hamnett, quien nunca oculta su escasa simpatía hacia el liberalismo hispánico, concluyó que «la Constitución trataba de imponer una política de control administrativo más estrecho por parte de la capital de la metrópoli, y a este respecto puede decirse que representó una continuación y am-

⁴⁹ En un reciente estudio, este autor amplía su crítica a Abascal al calificarle como el gobernante opresor de un sistema de gobierno centralista y autoritario, ver Brian R. HAMNETT, *La política contrarrevolucionaria del virrey Abascal: Perú 1806-1816*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

⁵⁰ Brian R. HAMNETT, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberalismo, realeza y separatismo 1800-1824*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 120.

⁵¹ *Ibidem*, p. 45.

pliación de la política del visitador Gálvez»⁵². Por último, el hecho que, según el historiador inglés, iba a fracturar paulatinamente la alianza entre el poder virreinal y la elite fue la crisis económica,

Las victorias de los generales de Abascal, Goyeneche, Ramírez y Pezuela, durante un breve período reconstruyeron el Gran Perú de los siglos XVI y XVII aunque a un costo financiero elevadísimo. Abascal dejó el gobierno de Lima con una deuda de 11 millones de pesos a mediados de 1816⁵³.

En suma, Hamnett concluye que la política de concordia del virrey Abascal fue un arma instrumentalizada por la elite peruana para recuperar su protagonismo económico. Bajo el gobierno del virrey Pezuela, y a pesar de la crisis económica, dicha alianza con España se iba a mantener hasta 1821 cuando el bando criollo encontró en el proyecto monárquico del general José de San Martín la posibilidad de seguir manteniendo sus privilegios económicos y sociales, esta vez desde el lado patriota.

Correspondió al estudio sobre la independencia de Timothy Anna ser uno de los primeros en valerse de los volúmenes publicados por la CDIP, poniendo especial interés en el análisis de los tomos que abordaban dicha coyuntura desde el ángulo del régimen en declive. Esta obra complementaba un estudio del propio Anna dedicado a la independencia en México en el que concluía que en dicho escenario la independencia estuvo claramente vinculada a la gradual pérdida de legitimidad de sus autoridades. Por el contrario, en el caso del Perú postuló que la caída del antiguo régimen obedeció a factores sociales que afectaron especialmente a las elites antes que al declive de la autoridad virreinal. El autor no negaba el protagonismo del virrey Abascal como líder de la resistencia militar absolutista y tampoco dejaba de reconocer la incapacidad de su sucesor Pezuela para resistir la ofensiva lanzada por la expedición militar chilena. Pero el protagonismo central en el destino del proceso independentista, según Anna, lo tuvieron la miseria y el miedo colectivo ya que ambas variables decidieron el comportamiento político hacia el que se orientó la elite criolla peruana. La creación del Virreinato del Río de la Plata con la pérdida del mercado del Alto Perú en 1776 fue el punto de partida del declive económico peruano y, salvo la minería que se reactivó y diversificó, otros sectores como la manufactura, la agricultura y el comercio, nunca pudieron superar dicha crisis estructural. Desde entonces la pobreza de Lima fue un signo distintivo de su población y sólo los miembros del comercio vinculados al Consulado de Lima podían sentirse al margen de dicho fenómeno. Pero la quiebra financiera de esta elite económica, resultado directo de la política de exacciones y empréstitos que exigió al Consulado el virrey Abascal para sos-

⁵² *Ibidem*, p. 49.

⁵³ *Ibidem*, p. 128.

tener su campaña militar, decidió el declive definitivo del régimen virreinal. La elite criolla de la capital peruana ante la crisis que se vivía y atemorizada por una posible sublevación de la plebe urbana, sector que englobaba a los esclavos negros, mulatos e indios, decidió apoyar al ejército expedicionario del general José de San Martín en su deseo de que con él se restablecería el orden social a punto de derrumbarse. En consecuencia, *The Fall of the Royal Regime* concluye que la pobreza fue paradójicamente causa y, a su vez, explicación de la tardía llegada del Perú al proceso independentista⁵⁴.

Ya en un artículo publicado en 1976, en el que se comparaba la gestión de los últimos virreyes de Nueva España y el Perú, Anna propuso que sólo los virreyes Calleja y Abascal comprendieron que el declive de la autoridad virreinal se debía contener aplicando una política más absolutista, aunque éste tuvo un mejor olfato político que aquel en utilizar a su favor la Constitución de Cádiz⁵⁵. La estrategia de Abascal de seguir el juego a los liberales acatando las elecciones de representantes a cabildos constitucionales y diputaciones provinciales y, por último, aplicando la libertad de imprenta, le resguardó de un aumento de la oposición que por el contrario el virrey novohispano tuvo que soportar al actuar de forma contraria. Tres años después, este autor iba a matizar la afirmación anterior al sostener que el factor explicativo fundamental del éxito de la gestión de Abascal había que buscarlo en la incapacidad de los criollos para actuar como un grupo ideológica y políticamente coherente. Interesaba a Anna destacar en especial las estrategias contradictorias e irreconciliables de los criollos que se adscribían al bando conservador o absolutista con las de aquellos que simpatizaban con la aplicación del programa liberal. Tal situación incoherente condujo a este autor a afirmar categóricamente que,

Aquella polarización entre los peruanos más políticamente activos fue el primer y más importante paso hacia la parálisis del Perú en la toma de decisión por lo nacional, e iba a jugar un importante papel en 1820 y 1821. Entre 1810 y 1820, el Perú (criollo) no se movió hacia un consenso, más bien lo hizo fuera del mismo⁵⁶.

Entre los ejemplos citados para probar dicha afirmación se menciona el enfrentamiento de 1811 por el tema de la abolición del tributo indígena decretado por las Cortes de Cádiz que apoyó el fiscal de la Audiencia de Lima, Miguel de Eyzaguirre, en las páginas de *El Peruano*, y al que se opuso el virrey Abascal, secundado por el resto de la Audiencia y por el propio Cabildo de Lima domina-

⁵⁴ Timothy ANNA, *The fall of the royal government in Peru*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1979, p. 1.

⁵⁵ Timothy ANNA, «The last viceroys of New Spain and Peru: an appraisal», *American Historical Review*, vol. 81 núm. 1, february 1976, pp. 43-44.

⁵⁶ ANNA [54], p. 55.

do por los criollos conservadores. Otro caso fue el respaldo que brindó al virrey uno de los líderes conspicuos del liberalismo criollo, José Baquijano y Carrillo, en el enfrentamiento político que aquel mantuvo con el grupo liberal liderado por el Conde de la Vega del Ren con motivo de las elecciones municipales y de representantes a las Cortes ordinarias de 1812 celebradas en Lima. Los criollos limeños expresaron un comportamiento políticamente contradictorio en los periódicos que editaron entre 1811 y 1814 ya que si bien algunos fueron partidarios de reformas, en líneas generales destacaron por la ausencia de una propaganda que podría calificarse de subversiva. Según Anna la carencia de escritos disidentes en Lima durante la vigencia de la libertad de imprenta encontraba su explicación en la necesidad que tenían los criollos de defender un sistema imperial de privilegios sociales y raciales que les resguardaba contra un posible desplazamiento por parte de la población africana. Esto último le permite afirmar que las conspiraciones criollas en Lima denunciadas por el virrey fueron exageradas, e incluso algunas inventadas, con el propósito de magnificar su gestión. Por fin, el peligro que supusieron para Abascal las críticas lanzadas en su contra por los diputados criollos en las Cortes de Cádiz, que concluyó con el pedido de su destitución abanderado por Morales Duárez, fue conjurado por los propios diputados peninsulares conservadores.

La propuesta historiográfica contenida en los libros de Lynch, Hamnett y Anna de centrar los estudios de la época del virrey Abascal, y en general de toda la coyuntura peruana previa a 1821, en la actuación de la élite criolla tuvo como resultado la realización de una serie de estudios que han venido a cuestionar definitivamente la ideología nacionalista de una historiografía oficial empeñada en sacralizar una línea secuencial e ininterrumpida hacia la independencia compartida por todos los grupos sociales desde fines del siglo XVIII. Indirectamente, los tres historiadores invalidaban a su vez la tendencia de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos a destacar la figura del virrey Abascal como el último baluarte de una resistencia española incapaz de impedir la inevitable desintegración de su imperio americano. Sin embargo, los tres estudios comentados no rompían con la perspectiva esquemática de analizar dicha coyuntura como un período vinculado a la independencia.

4. LA VISIÓN REVISIONISTA MÁS RECIENTE

En 1981, el Instituto de Estudios Peruanos publicó la segunda edición del libro colectivo *La Independencia en el Perú* que en plena celebración del sesquicentenario provocó el malestar del gobierno militar por sus interpretaciones contrarias a la versión oficial. Heraclio Bonilla, en su papel de protagonista principal de esta obra, incorporó un nuevo estudio introductorio en el que reclamaba la necesidad de explorar la perspectiva regional para comprender la conducta de

una elite criolla casi reducida a su expresión limeña. La agenda de estudio que proponía era desplazar los análisis orientados a medir el grado de conciencia nacional o el enfrentamiento secular entre criollos y peninsulares, tareas ambas que consideraba escasamente mensurables e improductivas, y concentrar la investigación en relacionar el impacto económico de las reformas borbónicas y del liberalismo gaditano sobre las distintas elites regionales peruanas y su reflejo en la heterogénea actitud política adoptada por las mismas. Bonilla sintonizaba con la línea de investigación inaugurada por Lynch, Hamnett y Anna de fijar la atención en la opción ideológica pro hispanista de la elite peruana debido a que:

Esta discusión sobre el impacto de los cambios ocurridos en la metrópoli sobre la conducta de los criollos no puede por otra parte soslayar otra pregunta importante: ¿cuántos de éstos quisieron efectivamente, antes de 1820, que las cosas cambiaran radicalmente? Si la conducta de algunos de ellos en Huánuco y Cuzco fue consistente con la de la mayoría, ¿por qué Abascal tuvo tanto éxito en escamotear la plena vigencia de la Constitución? ¿Por qué quienes serían sindicados por la historiografía tradicional como criollos progresistas colaboraban en el *Verdadero Peruano*, periódico financiado por Abascal para contrarrestar los potenciales efectos de la libertad de prensa?⁵⁷.

A pesar de las sugerencias de Bonilla para ampliar el conocimiento de la economía de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, este ámbito continúa siendo una tarea historiográfica pendiente. El estudio de contexto más importante ha sido el realizado por Alfonso Quiroz en relación con la historia del crédito colonial, la evolución de las finanzas y el estado de la deuda interna entre 1750 y 1820⁵⁸. En lo que se refiere al gobierno de Abascal, Quiroz destaca el protagonismo de este personaje en el proceso de amortización de censos y vales reales que se aplicó en el Perú entre 1806 y 1808, así como su actuación en el proceso de expropiación de los bienes del Tribunal del Santo Oficio al ser este suprimido por las Cortes en 1813. Apoyándose en el estudio sobre la producción minera realizada por Fisher, Quiroz destaca la viabilidad del modelo económico impuesto por las reformas borbónicas que conllevó la liberación de la dependencia peruana de Potosí, una diversificación geográfica de las minas y un repunte de la producción de plata⁵⁹. Al advertir dos coyunturas económicas distintas, una de

⁵⁷ Heraclio BONILLA, «Clases populares y Estado en el contexto de la crisis colonial», *La Independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981, p. 68.

⁵⁸ Alfonso W. QUIROZ, *Deudas olvidadas. Instrumentos de crédito en la economía colonial peruana 1750-1820*, Lima, Pontificia Universidad Católica, 1993.

⁵⁹ John FISHER, *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1977; Alfonso W. QUIROZ, «Consecuencias económicas y financieras del proceso de la independencia en el Perú, 1800-1850», Leandro PRADOS DE LA ESCOSURA y Samuel AMARAL (eds.), *La independencia americana: consecuencias económicas*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 126-127.

prosperidad entre 1780 y 1800 y otra de estancamiento entre 1800 y 1820, Quiroz cuestionaba las tesis de Timothy Anna relacionada con la pobreza estructural que se abatía sobre la economía peruana desde el reformismo borbónico, sin dejar de reconocer que fue el virrey Abascal quien más «contribuyó a la descapitalización local por motivos urgentes de defensa militar»⁶⁰. El propio Fisher recientemente ha calificado de saludable la economía mercantil peruana basada en la extracción de plata de las dos últimas décadas del dominio borbónico y, para demostrarlo, presenta el movimiento general de las cajas reales en el que se advierte un incremento entre 1800 y 1809 de más de 200% en relación con el período 1750 y 1759⁶¹. Este autor incluso propone que, a pesar de los problemas económicos generados por la política bélica de Abascal, el Perú siguió siendo un mercado favorable para las exportaciones españolas por lo menos hasta 1820⁶². Por último, debe destacarse el énfasis puesto por Carlos Contreras en resaltar el carácter pionero de la reforma fiscal propuesta por Abascal en 1815. El mecanismo ideado por este gobernante para compensar la caída de los tradicionales ingresos fiscales afectados por las guerras y el liberalismo gaditano consistió en elevar otros rubros como la alcabala o el almojarifazgo, además de crear otros nuevos impuestos como el de la propiedad predial⁶³. Contreras señala que la reforma de 1815 no sólo centralizó en el gobierno algunos fondos que antes correspondían a fueros distintos como la Iglesia o las comunidades indígenas, sino que fue el cimiento sobre el que se erigieron las finanzas peruanas del siglo XIX.

La historia social de la independencia también experimentó una renovación con el estudio que dedicó Alberto Flores Galindo al análisis de la estructura de clases en la sociedad limeña entre 1760 y 1830. Esta investigación proponía que la aristocracia mercantil conformada alrededor del Consulado basó su poder económico en el control de los mercados de Guayaquil, Santiago de Chile y el interior del Perú. Esta elite cultivó además ciertos atributos sociales como su apego a la compra de títulos nobiliarios, su participación en la alta burocracia y su propensión al matrimonio endogámico. Flores Galindo halló que esta vida apacible y acomodada de la clase alta limeña se vio enturbiada con la orden de libertad de comercio de 1765 que condujo al sector mercantil a una paulatina crisis y desararticulación de sus mercados externos, y que a su vez coincidió con el estancamiento de la agricultura de sus haciendas a fines del siglo XVIII. A pesar del revés económico provocado por las reformas borbónicas los comerciantes limeños dieron su apoyo a la monarquía en 1808, un fidelismo que en realidad escondía el

⁶⁰ QUIROZ [59], p. 128.

⁶¹ John FISHER, *El Perú borbónico 1750-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000, p. 137.

⁶² *Ibidem*, p. 121.

⁶³ Carlos CONTRERAS, «La transición fiscal entre la colonia y la república», Scarlett O'PHELAN (comp.), *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*, Lima, Instituto Riva-Agüero, 2001, pp. 211-213; Carlos CONTRERAS, «La reforma fiscal de 1815: las finanzas peruanas en vísperas de la independencia», Lima, 2001 (inédito).

temor de esta clase a una posible rebelión generalizada de los indios y esclavos negros de la capital⁶⁴. Al igual que lo sostenido por Anna, para Flores Galindo éste fue el motivo fundamental por el que el Consulado desembolsó las fuertes sumas económicas destinadas a contener el avance de la revolución americana, concluyendo con una polémica afirmación: «Lima se convirtió, de esta manera, en el centro de la reacción continental, no por la habilidad del virrey Abascal —como acostumbra admitir la historiografía tradicional—, sino por la solvencia del Tribunal del Consulado»⁶⁵.

Una visión renovadora que valoró por vez primera el ideario liberal en la época de Abascal proviene de los estudios que Ascensión Martínez Riaza dedicó al impacto en la formación de una opinión pública moderna del periodismo doctrinario que circuló en Lima al amparo de la libertad de imprenta⁶⁶. Más adelante, esta historiadora también fue pionera en destacar la importancia de la Diputación Provincial como primer experimento regional en la época de las Cortes de Cádiz⁶⁷. Pero otros fueron los caminos que siguió la historiografía peruana. A partir de las comprobaciones historiográficas que reforzaban la hipótesis de que en Lima se adoptó un comportamiento pasivo ante el régimen de Abascal, en la década de 1980, investigadores no convencidos con el argumento de que la independencia fue un acto concedido por la intervención extranjera decidieron buscar tal actividad subversiva en el sur andino del Virreinato.

La agenda de trabajo propuesta por Scarlett O'Phelan consistió en demostrar la existencia en la región sur andina de programas políticos alternativos al español en las protestas sociales en que intervinieron los criollos, los mestizos y los indígenas del Perú y el Alto Perú desde fines del siglo XVIII. O'Phelan postulaba que las excesivas cargas fiscales promovidas por las reformas borbónicas inocularon un sentimiento anti-hispano en los sectores criollos, mestizos e indígenas. Esta sensación de descontento iba a alcanzar su mayor intensidad durante el gobierno del virrey Abascal. Sin embargo, estos programas políticos que se activaron en 1809 con las efímeras juntas de gobierno de Charcas y La Paz, y culminaron en 1814 con la revolución de los hermanos Angulo y el cacique indio Puma-cahua en el Cuzco, a pesar de su carácter anticolonial y su liderazgo criollo iban a fracasar por su exclusiva aspiración regionalista de reunificar el circuito comercial de Potosí. En otras palabras, estas revoluciones «anticoloniales» fueron fi-

⁶⁴ Alberto FLORES GALINDO, *Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830*, Lima, Mosca Azul, 1984.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 209.

⁶⁶ Ascensión MARTÍNEZ RIAZA, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú, 1811-1824*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985; Ascensión MARTÍNEZ RIAZA, «Los orígenes del periodismo doctrinario en Perú. El caso conflictivo de *El Peruano*», *Quinto Centenario*, núm. 3, Madrid, 1982, pp. 109-134.

⁶⁷ Ascensión MARTÍNEZ RIAZA, «Las diputaciones provinciales americanas en el sistema liberal español», *Revista de Indias*, núms. 195-196, Madrid, 1992, pp. 647-691.

nalmente derrotadas por no adquirir un sentimiento de «continentalidad»⁶⁸. Con esta afirmación O'Phelan se acercaba a la apreciación hecha años antes por Fisher de que las rebeliones en el sur andino se caracterizaron por su marcado carácter anti-centralista, siendo su máxima aspiración reunificar el Alto y Bajo Perú con el único propósito de desvincularse de la capital peruana⁶⁹. De otro lado, O'Phelan iba a insistir en un posterior estudio, en el que comparaba los programas políticos de las Juntas de La Paz de 1809 y Quito de 1810, que la incapacidad de ambas para alcanzar el autogobierno se explicaba por la fortaleza adquirida por el régimen realista en Lima para imponer el centralismo. O'Phelan cuestionaba así lo dicho por Flores Galindo acerca del papel secundario que tuvo Abascal en la conversión del Virreinato en el fortín de la contrarrevolución:

Aunque algunos investigadores han desestimado la capacidad que demostró el virrey Abascal para manejar la coyuntura de intranquilidad social que se apoderó del Virreinato peruano entre 1809-14, el éxito de su política es incuestionable... su calidad de estrategia es un elemento que hay que considerar dentro del análisis⁷⁰.

El desarrollo de la historia regional impactada por la perspectiva social ha perfilado la complejidad del conflicto entre el absolutismo realista y el constitucionalismo liberal en Piura, Cuzco y Arequipa⁷¹. En cuanto al papel de la Iglesia, los análisis de Cahill y Sala i Vila han esclarecido las correlaciones entre los intereses económicos y las actitudes políticas asumidas por los curas de las parroquias rurales en el contexto de las rebeliones indígenas en el sur andino⁷². Por último, un estudio reciente sobre la plebe limeña relativiza la afirmación de Flores Galindo

⁶⁸ Scarlett O'PHELAN, «El mito de la 'independencia concedida': Los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)», Alberto FLORES GALINDO (comp.), *Independencia y revolución 1780-1840*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1987, t. 2, p. 198.

⁶⁹ FISHER [47], p. 257.

⁷⁰ Scarlett O'PHELAN, «Por el Rey, religión y la patria. Las Juntas de Gobierno de 1809 en La Paz y Quito», *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, t. XVII núm. 2, Lima, 1988, p. 75.

⁷¹ Susana ALDANA, «Un norte diferente para la independencia peruana», *Revista de Indias*, núm. 209, Madrid, 1997; Charles WALKER, *De Tupac Amaru a Gamarra. Cuzco y la formación del Perú republicano, 1780-1840*, Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 1999; Sarah CHAMBERS, *From subjects to citizens. Honor, gender, and politics in Arequipa, Peru 1780-1854*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 1999.

⁷² David CAHILL, «Curas and conflict in the Doctrinas of Cuzco, 1780-1814», *Journal of Latin American Studies*, vol. 16, núm. 2, 1984, pp. 241-276; Núria SALA I VILA, «Algunas reflexiones sobre el papel jugado por la iglesia y el bajo clero en las parroquias de indios en Perú (1784-1812)», Gabriela RAMOS (comp.), *La venida del reino. Religión, evangelización y cultura en América, siglos XVI-XX*, Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 1994, pp. 339-362; David CAHILL y Scarlett O'PHELAN, «Forging their own history. Indian insurgency in the southern peruvian sierra», *Bulletin of Latin American Research*, vol. 11, núm. 2, 1992, pp. 125-167.

sobre los enfrentamientos étnicos entre indios y negros al advertir asimismo elementos de convivencia y solidaridad cultural entre los grupos populares⁷³.

El recorrido historiográfico realizado a lo largo de este estudio culmina con la propuesta más reciente vinculada a la revalorización del liberalismo hispánico y su impacto en la América española. Este tipo de investigaciones rompe con la obsesión de evaluar la época de Abascal como una oportunidad perdida para la independencia. Los análisis dedicados al impacto del liberalismo hispánico en América de François-Xavier Guerra y Jaime Rodríguez O. han precisado que la crisis política estallada en 1808 debe entender, al menos hasta la Restauración de Fernando VII, en el marco de un proceso autonomista y no separatista⁷⁴. Las juntas de gobierno americanas que reaccionaron contra la Junta Central, la Regencia o las Cortes de Cádiz consideraron que era su derecho histórico recuperar la soberanía y conservarla hasta el retorno del monarca secuestrado por los franceses. De ahí que ninguna junta rebelde negara su condición como parte integrante de la monarquía hispánica. Las nuevas lecturas que desde la valoración de la política y de la cultura se hacen sobre la recepción del liberalismo hispánico y el sentido de la representación han permitido esclarecer una diversidad de hechos ocurridos en el Perú de Abascal. Se ha valorado la importancia de los procesos electorales en la formación de los ayuntamientos y diputaciones provinciales, la adquisición de hábitos de lectura política, la quiebra del fanatismo religioso simbolizado por la Inquisición y la formación de una corriente política constitucionalista⁷⁵. Los estudios más recientes se vienen concentrando en el análisis de los procesos electorales del período 1812-14 como formas genuinas de la representación política⁷⁶. En suma, la entrada en vigor de la Constitución doceañista debilitó el espacio de poder de Abascal y le obligó a emprender acciones legales e ilegales para contener la pérdida de autoridad que le supuso acatar el liberalismo hispánico.

⁷³ Jesús COSAMALÓN AGUILAR, *Indios detrás de la muralla*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.

⁷⁴ François-Xavier GUERRA, *Modernidad e independencias*, México, FCE-Mapfre, 1993; François-Xavier GUERRA, Annick LEMPÉRIERE, et. al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE, 1998; Jaime E. RODRÍGUEZ O., *The independence of Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Jaime E. RODRÍGUEZ O. (coord.) *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Fundación Mapfre Tavera, 2005.

⁷⁵ Víctor PERALTA RUIZ, *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal. Perú 1806-1816*, Madrid, CSIC, 2002.

⁷⁶ Valentín PANIAGUA, *Los orígenes del gobierno representativo en el Perú. Las elecciones (1809-1826)*, Lima, PUCP-FCE, 2004; Gabriela CHIARAMONTI, *Ciudadanía y representación en el Perú, 1808-1860: los itinerarios de la soberanía*, Lima, UNMSM, 2005; Francisco NÚÑEZ, «La participación electoral indígena bajo la Constitución de Cádiz (1812-1814)», Cristóbal ALJOVIN y Sinesio LÓPEZ (eds.), *Historia de las elecciones en el Perú. Estudios sobre el gobierno representativo*, Lima, IEP, 2005, pp. 361-394; Víctor PERALTA RUIZ, «Los inicios del sistema representativo en el Perú. Ayuntamientos constitucionales y diputaciones provinciales, 1812-1814», Marta IRU-ROZQUI VICTORIANO (ed.), *La mirada esquiva. Interacciones entre Estado y ciudadanía en el área andina (Bolivia, Ecuador y Perú), siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 65-92.

Viceroy Jose Fernando de Abascal is a polemical figure in the peruvian historiography. The studies that through nineteenth and twentieth centuries evaluated his government and also the power space of his time were conditioned by many juncture circumstances that are the main reflection of this historiographic balance. This article concentrated on the peruvian nationalism of XIXth and XXth centuries, on the social theory of the emancipation arised in the Spain of general Francisco Franco, on the socio-economic interpretation appeared under the celebration of the Sesquicentenario of the peruvian independence, and finally on the recent researchs made under political culture perspective.

KEY WORDS: *Jose Fernando de Abascal, Viceroyalty of Peru, independence, peruvian historiography, spanish historiography, XIXth century, XXth century.*

Fecha de recepción: 2 de Septiembre de 2005.

Fecha de aceptación: 7 de Diciembre de 2005.

